

sino que, como los Profetas, digamos á los pueblos: *Hæc dicit Dominus*: Esto dice el Señor.

En la Lección siguiente expondremos las materias que son propias de la predicación.

LECCIÓN VI.

De las materias propias de la predicación.

71. ¡Cuán hermosa es nuestra Santa Religión!!! ¡Cuán elevados y profundos son sus dogmas! ¡Cuán bella, cuán pura es su moral! ¡Cuán dignos de toda nuestra veneración son sus sacrosantos misterios! ¡Cuán consoladoras son sus celestiales esperanzas! ¡Cuán ligero y suave es su yugo! ¡Cuán dulces, cuán arrebatadoras son sus palabras! Religión santa: viviré bajo tu sombra; me inspiraré en tu amor; moriré bajo el anchuroso manto de tu misericordia; me mostrarás á mi Dios...

72. Hijos rebeldes, hombres ingratos, ¿de qué os quejais si os predicamos las verdades de nuestra Religión, sus dogmas, sus preceptos, sus Sacramentos? ¿Tenemos acaso nosotros la culpa? ¿Hemos formado tal ley? Oid: es San Juan Crisóstomo: «Nosotros, dice el Santo, no somos legisladores, ni es nuestra la doctrina que enseñamos: ministros de Dios, hemos recibido del cielo las cartas que debemos comunicar al pueblo; si leemos lo que no está escrito en ellas, ó le ocultamos lo que las mismas contienen, hacemos traición á nuestro ministerio, y arriesgamos la salvación de los fieles y la nuestra propia.» Nada, pues, podemos quitar, añadir ó mudar del sagrado depósito de la fe sagrada, ni de la purísima moral; toda su plenitud, toda su integridad se conserva en la Iglesia católica.

73. ¿Qué sacerdote celoso no ve ya el campo espacioso que se le presenta para recrear, animar y fortificar las al-

mas de los hijos de la Iglesia? Conjunto el más hermoso y perfecto de enseñanza para la felicidad de los pueblos, que bastará que el predicador lo sepa exponer debidamente, según la clase de auditorios y sus necesidades. Ved, pues, lo que ha de tratar el ministro de Dios en la cátedra sagrada:

I. VERDADES FUNDAMENTALES.

74. Los misterios, el Símbolo, las Virtudes Teologales, los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, los Sacramentos, la Oración Dominical y los deberes de estado forman la base del edificio espiritual, y por consiguiente de aquel saludable alimento con que el sacerdote ha de apacentar á la mística grey. Del regular desempeño en explicar con claridad y precisión todo este admirable cuerpo de doctrina depende el mayor bien de la Iglesia de Jesucristo, que por esto ordena ella por el Santo Concilio de Trento: *Parochi... pascant plebem sibi commissam salutaribus verbis, docendo quæ scire omnibus necessarium est ad salutem*: y si consideramos que tantos cristianos están hoy ignorantes de los primeros rudimentos de la Religión, olvidar este deber de enseñar á quienes toca, no puede dejarles tranquila la conciencia.

75. Fleury en el Prefacio de su Catecismo decía también: «Se ven aún personas devotas que han leído muchos libros espirituales, y conocen gran número de prácticas de piedad, pero que aún no han aprendido lo esencial de la Religión.» ¿Qué será, pues, de aquellos que no son personas devotas? Aflige este dato revelador, pero no por esto deja de ser cierto. Aterrado por la misma observación, el P. Le Jeune, refiere de sí mismo que durante cuarenta años, en cualquier lugar que predicase el Adviento ó la Cuaresma, explicaba casi todos los domingos y fiestas, al fin del sermón, los misterios, los Sacramentos y las disposiciones para recibirlos. «Si teneis celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, añade este célebre misionero dirigiéndose á los predicadores, haréis lo mismo: de otra suerte los

pueblos caerán y permanecerán en una espantosa ignorancia de estos misterios, tan necesarios para la salvación.»

76. Digámoslo claro: «*La falta de solidez en la enseñanza católica* es el origen del fanatismo que lleva á la superstición, ó del indiferentismo que lleva á la negación de toda verdad.» Los que creen sin conciencia, como si no creyeran; los que no creen por ignorancia, pueden á veces disculpase, y esta acusación es la que debe procurarse que no se justifique por la apatía y descuido del sacerdocio: que no suceda esto es menester, y esto piden ardientemente á los ministros del santuario los verdaderos amantes de la Religión, dice el Sr. Bravo en su *Tratado de la Predicación cristiana*. Ni pueden los pastores de almas cuando predicán limitarse á algunas reflexiones morales sobre el Evangelio, porque seguir tal método donde tales verdades no están grabadas en todas las inteligencias y corazones, es construir edificio sin fundamento, dejando expuestas las almas á su perdición. Se ha de instruir á los fieles sobre las *verdades fundamentales*, las cuales abrazan:

77. 1.º **Las perfecciones divinas.** Admirán y sorprenden aquellas magníficas descripciones que los Libros Santos nos hacen de las perfecciones de Dios, y el orador sagrado no puede menos que explicarlas con frecuencia, y encontrará para su elocuencia impulsos sublimes, y para su auditorio el principio de todas sus obligaciones, el motivo de todas las virtudes y la fuente de toda su felicidad. «Dios no es conocido, exclama Pratomans; he aquí la causa de todos los males que desolan la tierra; he aquí porque los pecadores no le temen, y los buenos le aman tan débilmente;» lo que hizo decir á Jesucristo, que el conocimiento de Dios es la llave de la vida eterna: *Hæc est vita æterna ut cognoscant te solum Deum verum*. Para lo cual se tendrán presentes estas reglas:

78. REGLA 1.ª Con acento de convicción é inteligencia cuida el orador que los pueblos formen una idea perfecta de Dios, hablando siempre de este *Divino Señor* con profundo respeto y veneración.

Con esto los pueblos no podrán menos de tener una elevada idea y grande estima de la majestad de Dios, cuyo

nombre jamás oía pronunciar Newtón sin descubrirse con gran respeto. Y al oír explicar dignamente desde la cátedra sagrada su omnipotencia, su sabiduría, su bondad, su misericordia y demás infinitas perfecciones, le obedecerán, cumplirán fácilmente sus mandatos, no profanarán su santo nombre, y quedarán sobrecogidos de un sentimiento profundamente religioso que les obligará á exclamar con el Profeta (Ps. LXXXII): *Deus, qui similis erit tibi?... tu solus Altissimus in omni terra*: «¿Quién, Señor, podrá jamás pretender ser semejante á Vos?... Vos solo sois el Altísimo en toda la tierra!» Y el alma recogida en profundo silencio se humilla, cree, ama y adora... Los Querubines y Serafinos, todos los Angeles y Santos no cesan de cantar sus glorias ante su esplendente trono. Mostrad todo esto á los fieles.

79. REGLA 2.ª A la vez que el predicador da á los pueblos una idea elevada de Dios, debe fijarse en mostrárselo como infinitamente amable é infinitamente digno de ser temido. Pues el amor y el temor son los dos polos sobre los cuales gira el corazón del hombre; mas siempre debe procurarse que de estos dos sentimientos tan vivos predomine el de amor, pues lo que por amor se hace siempre es más fácil y duradero.

80. REGLA 3.ª Al tratar el orador de las perfecciones divinas, deberá descender de la parte especulativa al punto práctico en lo que ofrecen de imitación como perfecto modelo de la vida cristiana, pues nos lo dijo nuestro Divino Maestro: *Estote perfecti sicut et Pater vester cælestis perfectus est*. (Matth. v). Y el predicador debe excitar á esta imitación, en cuanto somos hijos de Dios, criados á imágen y semejanza suya, exponiendo los arcanos de su poder, misericordia y bondad: *Sancti estote, quoniam ego sanctus sum*. (Lev. xi).

81. REGLA 4.ª Las perfecciones divinas se pueden tratar de dos maneras:

1.º *método*: Estableciendo la perfección en el 1.º punto, y entonces será puramente dogmático; y en el 2.º punto, explanándola, que entonces será moral, sacando los frutos de ella.

2.º *método*: Incluyendo los frutos, afectos y prácticas

en la enunciación misma de las perfecciones de Dios. Por ejemplo:

«La misericordia de Dios es un poderoso aliciente para arrojarnos en sus brazos:» Punto 1.º

«¿A qué nos obliga esta misericordia de Dios?» Punto 2.º

Este último método parece más útil que el primero, pues descubre mejor y á primer golpe de vista á los pueblos los frutos que deben sacar del discurso, indicando en cada proposición de la división lo qué debe hacerse, ó lo qué debe evitarse.

82. 2.º Beneficios. En el corazón del hombre ha puesto Dios unas fibras tan delicadas, que al tocarlas mano maestra no pueden dejar de vibrar poderosamente y conmovirse. Prediquemos con frecuencia los beneficios de este mismo Dios y Criador, y al mismo tiempo que la vista de nuestra ingratitud nos arrancará lágrimas de contrición, la gratitud nos mostrará los deberes para con Dios desde tanto tiempo olvidados. ¡Qué entonación, qué energía, qué acento de convicción en los Profetas cuando se dirigen á los ingratos! Uno al oírlos se siente subyugado, conmovido, está pidiendo á Dios perdón de tamaña ingratitud ante tan grandes beneficios. Para hablar de un modo conveniente de los beneficios de Dios, inspirémonos de un modo especial en los Profetas. ¡Qué bellísimos pasajes! Continuamente están echando en cara de los prevaricadores su ingratitud, recordándoles los beneficios de Dios: *Plantavit eam (vineam) electam... et expectavit ut faceret uvas et fecit labruscas. Nunc ergo habitatores Jerusalem, et viri Juda, judicate inter me et vineam meam.* (Is. v). El recuerdo de los beneficios de Dios es un resorte poderosísimo de la elocuencia más enérgica y en todo su esplendor, que singularmente despliega su gallardía y magnificencia en la deprecación ó final de los sermones: amargas quejas, tiernas reconvenciones capaces de partir los más duros pedernales, y convertir á un inmenso auditorio, cuando está tocado de la gracia de Dios, en un mar de lágrimas y suspiros.

83. Los beneficios de Dios se pueden también tratar de los dos modos dichos. A fin de realzar la grandeza del beneficio, puede considerarse bajo tres puntos de vista: 1.º El beneficio en sí mismo; 2.º La persona que lo hace; 3.º Y

la criatura que lo recibe. Pueden desarrollarse bajo estas circunstancias:

Quis; Quid; Ubi; Quibus auxiliis; Cur; Quomodo; Quando. Tratando con estos métodos todos los beneficios de Dios, como la Providencia, la Encarnación, la Redención, la Gracia, los Sacramentos, etc., el predicador sacará siempre instrucciones muy útiles y provechosas.

84. 3.º Misterios. Aquí se entienden no solamente las acciones de Nuestro Señor Jesucristo que se relacionan de un modo inmediato con nuestra salvación, sino también las maravillas obradas por Dios en su Santísima Madre. Olvidar los misterios equivaldría nada menos que á menospreciar las riquezas más estimables de la fe cristiana. Véase la Lección XVI, en donde se tratan de un modo conveniente.

85. 4.º Virtudes teologales. Entran éstas en la categoría de las verdades fundamentales de la Religión. La Fe, la Esperanza, la Caridad, elevan el alma á Dios, la llenan de inefable consuelo, sirven de regla para nuestra conducta, son el móvil de nuestras operaciones sobrenaturales, y la base de la vida espiritual. El orador sagrado debe excitar en las almas tales sentimientos, y como á enseñanza necesaria para la salvación instruirles bien en estas nobles virtudes teologales.

86. 5.º Mandamientos de Dios y de la Iglesia, como preceptos rigurosos, como órdenes intimadas desde antiquísimos tiempos á la humanidad, mandamientos basados en la ley natural, y ennoblecidos, sancionados por el Santo Evangelio del Hijo de Dios, nuestro amable Redentor. Nunca deben cansarse los sacerdotes, sobre todo párrocos y misioneros, de explicarlos con sencillez á toda clase de personas, pues que á todos obliga su cumplimiento, y sobre el particular hay muchísima ignorancia, causa de muchos pecados.

87. 6.º Sacramentos. Son las fuentes de vida, son los manantiales inagotables de la gracia santificante, á donde acuden con imponderable gozo las almas redimidas, según ya Isaías lo había predicho: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.* (Is. XII).

Por consiguiente, esta materia tan necesaria á la predicación, debe el sacerdote exponerla debidamente, porque sin

tal conocimiento no es posible que los fieles la admiren ni se valgan de estos grandes recursos que estableció Jesucristo para nuestra santificación. Hay que manifestar, pues, la excelencia de los Sacramentos, su necesidad, sus ventajas, sus gracias generales, la gracia particular de cada uno, las disposiciones que se requieren, los defectos que los desnaturalizan, sus impedimentos, las obligaciones que imponen y el significado de las ceremonias que se emplean al administrarlos. Toda esta multitud de relaciones y puntos de vista bajo los cuales se traten los Sacramentos, suministra un fondo inagotable de saludables reflexiones, vastos planes de instrucciones, y venero de riquísimas enseñanzas para los pueblos. ¡Cosa admirable que en los Sacramentos haya querido Dios en cierto modo rebajar su infinita grandeza para armonizarla con la pequeñez de la criatura! ¡Gracias, Dios mío!

88. La necesidad de los Sacramentos abraza tres puntos:

1.º NECESIDAD DE MEDIO: en que por institución divina es el solo medio de justificación para el que se encuentra en pecado, como el Bautismo y la Penitencia.

2.º NECESIDAD DE PRECEPTO: Que es tanto el amor de Dios, que no sólo nos ofrece sus tesoros, sino que nos obliga por ley á recibirlos. ¡Qué ingratitud si los rehusamos!

3.º NECESIDAD ACCIDENTAL: en que para muchos son un socorro necesario para vencer sus malas costumbres é inclinaciones, resistir valerosamente á las tentaciones y obrar su salvación. ¡Cuántos se mantendrían en la virtud si quisieran frecuentar los Sacramentos! Por esto el demonio trabaja tanto estableciendo diversiones peligrosas, bailes indecentes, clubs y círculos infernales para apartar á los cristianos del único remedio que tienen para sujetar sus indómitas pasiones; y con esto abandonados á su propia flaqueza se hagan incapaces de abandonar la senda de sus vicios, y apartados de estas fuentes de vida, con facilidad se pierdan eternamente.

89. Las ceremonias contienen útiles enseñanzas y hermosas instrucciones, que por medio de multitud de signos exteriores, símbolos de grande significación, nos conducen como por la mano á contemplar las ocultas operaciones mis-

teriosas en el alma del que recibe los Sacramentos; nos hacen asistir á las hermosas fiestas del cielo; y cuando se asiste á ellas con espíritu interior de fe, de recogimiento y de inteligencia, llenan el alma de un aroma todo celestial y divino, efecto de las santas ceremonias. El orador sagrado debe explicarlas al pueblo, descubrir su sentido, facilitar su inteligencia, hacer resaltar la sabiduría de nuestra Madre la Iglesia, el amor que tiene á sus hijos, que ha querido de esta manera solemnizar y honrar los actos más importantes de su vida, inspirada de su divino Autor. Esto contribuye en gran manera á realzar el culto católico, aumentar la devoción de los fieles, y sacar á muchísimos de la ignorancia en que se encuentran, viéndose por ello privados de un tesoro de bienes espirituales, que no es lícito negarles.

90. Cuando no tiene que hacer más que una simple práctica de un Sacramento, podrá dividirla de esta manera:

Excelencia del Sacramento, 1.º punto; comprendiendo además en dicha indicación su necesidad y sus ventajas.

Disposiciones que se requieren, 2.º punto; *Obligaciones que impone*, 3.º punto; y al tratar estos dos últimos puntos se exponen las ceremonias como explicaciones y pruebas de la doctrina, con toda la claridad posible, y áun repitiéndolo cuando conviene.

91. Las pláticas que se acostumbran en el acto de administrar los Sacramentos conviene que tengan estas tres cualidades: *cortas, fervorosas y sencillas*, porque sirven para preparar las almas á recibir dignamente los Sacramentos. No puede negarse que son de gran oportunidad; aquella alocución fervorosa tan inmediata al Sacramento que van á recibir, muchísimas veces ha hecho brotar suavemente las lágrimas de los ojos. Ministros del Señor, aprovechemos estas solemnes circunstancias para enfervorizar á los fieles á que comprendan y reciban agradecidos el don de Dios: *Si scires donum Dei* (Joan. iv), y esto con palabras llenas de vida, expresión y santo entusiasmo.

92. 7.º *Iglesia*. SU CONSTITUCIÓN DIVINA. Para amar á nuestra Madre la Iglesia es necesario conocerla, y para conocerla es necesario oír predicar los dones divinos con que Dios la ha enriquecido, y las bellas perfecciones con que su

Divino Esposo la ha hermoseedo: *Tota pulchra es, amica mea.*

Hoy se hace más necesaria esta predicación, porque el infierno ha desatado todas sus furias contra ella; y como fuera de la Iglesia no puede haber salvación, le conviene al enemigo del género humano que no sea conocida, á fin de que más y más almas se pierdan, según el principio sentado por San Cipriano: «No puede tener á Dios por Padre quien no tiene á la Iglesia por Madre.» Es absolutamente necesario explicar á los fieles sus NOTAS y PROPIEDADES para que reconocido su principio de autoridad, sean acatadas y obedecidas sus leyes como á emanadas del mismo Dios, de quien es digno representante por medio de su augusto Vicario en la tierra el Romano Pontífice. Para ello deberán explicarse sus cuatro *Notas* y cuatro *Propiedades*:

NOTAS: 1.^a, Una; 2.^a, Santa; 3.^a, Católica; 4.^a, Apostólica.

PROPIEDADES: 1.^a, Visibilidad; 2.^a, Indefectibilidad; 3.^a, Autoridad; 4.^a, Infalibilidad.

93. Bien explanado todo esto, sorprende el maravilloso conjunto, arrebatada la belleza y hermosura de la Iglesia, su poder, su vigor, su majestuoso paso á través de los siglos, en medio de tantas borrascas, persecuciones y sangre, ceñida su divina frente con los lauros de tantas victorias cuantas han sido las batallas libradas, cuantos sus enemigos vencidos. ¡Oh Iglesia santa! ¡Madre querida: *Adhereat lingua mea faucibus meis, si non meminero tui: si non proposuero Jerusalem, in principio letitiae meae.* (Ps. LXXXVI).

II. POSTRIMERÍAS.

94. El Espíritu Santo ha dicho: *Memorare novissima tua et in æternum non peccabis* (Eccl. vii, 40): Acuérdate de la Salvación, Muerte, Juicio, Infierno y el Cielo, que es lo que ordinariamente se entiende por postrimerías; acuérdate de todo esto, y no pecarás. Los Santos y Doctores de

la Iglesia enseñan que todo esto ha de constituir la materia frecuente de la predicación, como ellos mismos la practicaron. Y San Efrén lo hacía con tanta frecuencia y tan elocuente fervor, que era llamado por antonomasia el Predicador del Juicio; como siglos más tarde lo fué en nuestra España aquel clarín del Evangelio San Vicente Ferrer, cuyo tema constante de sus sermones, con que conmovía extraordinariamente á las multitudes, era éste: *Timete Dominum, et date illi honorem, quia venit hora judicii ejus, et adorare eum.* (Apoc. xiv, 7).

95. Grande es la impresión que causan estas verdades terribles al oírlas enunciar con aquel fervor apostólico que conviene desde el púlpito: la predicación de las postrimerías, durante todos los siglos de la Iglesia, ha producido innumerables frutos de conversión en las almas. Cuando se exponen debidamente éstas, que llamaríamos clásicas verdades, siempre parecen nuevas, siempre tienen la misma fuerza, la misma energía, sin que jamás la pierdan. En las santas Misiones lo experimentamos siempre: al trueno de estas verdades se rompen los malos tratos, se dejan los concubinatos, se restituye lo mal adquirido, se detestan los pecados, múdase las costumbres, y todos tratan de su salvación. La predicación de los novísimos habría de ser frecuente, pero hecha del modo que requieren asuntos tan imponentes. No encontramos dificultad en admitir lo que dice un moderno escritor, que «una de las principales causas de la corrupción de costumbres, es que no se predica bastante ó se predica mal sobre estas graves materias.» ¡Y sin embargo, son de tanta trascendencia! «En estos asuntos, dice San Ligorio, se habla á todas las inteligencias, se tratan sin violencia las necesidades más apremiantes de la vida y los momentos más solemnes de la existencia.»

96. Gustosos trasladamos aquí esta elocuente y conmovedora página del Sr. Bravo: «Traspassando, dice, los límites de la cárcel estrecha en que vivimos encerrados, las postrimerías nos revelan, en efecto, el porvenir eterno que nos está reservado, llevando al corazón afligido la resignación, y al alma contristada el consuelo de días venturosos y de la posesión eterna de Dios.

97. Las Postrimerías nos enseñan que el hombre no acaba como los demás seres de la creación; que tiene más altos destinos, y ha sido criado para otra región más digna de su grandeza: la justicia de Dios, la inmortalidad del alma, la recompensa y el castigo que aquí en la tierra vemos que raras veces se cumple y que se realiza en otra vida, vida de espíritu, donde la materia no tendrá entrada hasta que se halle purificada y pase por el crisol de una disolución completa.

98. El sepulcro abierto ante un auditorio indiferente, los instantes de la agonía, las convulsiones de la muerte, los remordimientos y la desesperación, la dulce serenidad y la sonrisa del justo al tocar el término de sus mayores ansias y ambiciones, la comparecencia ante el Juez soberano, las palabras de Jesucristo, el libro de nuestras acciones, la balanza de nuestras obras... todo esto ofrece un ancho campo para el orador sagrado, que no debe de modo alguno mirar con indiferencia ni escasear.»

99. Es tanta la malicia de los tiempos que atravesamos, que fácilmente oiréis decir que éstos han cambiado; que en el día no se quiere oír hablar de asuntos terribles; que la sensibilidad, la excitación nerviosa domina á muchas personas; que ¿para qué sacar cuadros ó descripciones tan terribles del infierno, tanto fuego, tantos castigos, tanta eternidad, tantos espíritus infernales? hoy es menester acomodarse al siglo, contemporizar con su flaqueza, y no pretender espantar con el Dios terrible de los hebreos.

100. Aquí hemos recopilado algún tanto en general las objeciones que se acostumbra contra la predicación de las Postrimerías, y sin hacernos cargo de la nota en que podrían incurrir, por no permitirlo la índole de esta obra, y por considerar suficientemente instruidos á nuestros jóvenes lectores, diremos con todo, que esa multitud de objeciones que hoy se están oyendo, y aún se dan á la prensa bajo mil formas más ó menos agresivas á la Religión, debe hacernos reflexionar que tal predicación se haga de un modo conveniente, evitando toda exterioridad ridícula, y materialidades que, en tiempos de más fe y sencillez, tal vez practicaron algunos de nuestros mayores; sino procurando que el peso

de razones y autoridades sea lo que ilustre, conmueva y gane el auditorio.

101. Pero protestamos aquí, una y mil veces, que en nada de esto entendemos transigir con aquella miserable condescendencia que relaja el vigor apostólico, esconde la verdad, ó procura disminuirla. Nada de esto. Pero, por desgracia, es demasiado cierto que mucha gente mundana no puede avenirse sino con aquella clase de predicación que, sin levantar remordimientos, los deje tranquilos en sus caminos de perdición. Lo sabemos perfectamente; y un verdadero ministro de Dios jamás podrá avenirse con tales pretensiones, jamás querrá cooperar á tal estrago de costumbres. «Digamos, pues, dice un notable escritor, que la moderación que las personas del mundo exigen del predicador, no suele ser más que un culpable miramiento con la relajación de sus costumbres, con el extravío de sus principios, con los vicios de su vida, y con el sueño de su conciencia, que teme y se espanta de ser ilustrada. Sería indigno de un ministro de Dios, que debe anunciar su divina palabra, ceder ante semejantes consideraciones.»

102. Asunto tan importante merece toda nuestra atención, y en su desempeño atendamos siempre á estas tres reglas que da Hamón:

1.^a Regla. Que al ocuparse de las Postrimerías debe mezclarse con gran tino lo terrible y lo consolador; lo que consuela y atrae, con lo que espanta y horroriza.

2.^a Que el predicador debe en este género de asuntos alentar, después de haber conmovido; señalar el camino del cielo, después de haber pintado la senda que conduce á una eterna condenación.

3.^a Mostrar á Dios, no siempre Juez, sino como Padre afectuoso; no siempre ejerciendo actos de justicia, sino dando pruebas inequívocas de su misericordia y de su amor hacia los hombres.

103. Y como última é importante regla, que nunca hemos de olvidar, tengamos ésta de San Francisco Javier: «Infundid en los ánimos, dice el Santo, un saludable horror, dando á conocer la terrible sentencia... pintad de una manera viva los horrorosos tormentos del infierno... ame-

nazad con la muerte, sobre todo con una muerte inesperada y repentina, á los que no se cuidan de servir á Dios, y duermen tranquilos con una conciencia manchada y abominable; aprovechad los instantes favorables para recordar á los pecadores la cruz de Jesucristo, sus heridas y su muerte; animad entonces vuestro discurso con tiernos afectos, con expresiones patéticas, apóstrofes y coloquios propios para conmovér, é inspirad tal dolor del pecado, que, si posible es, corran las lágrimas y se escuchen los lamentos del pecador. (*Carta del Santo al P. Balzée en 1549*).»

III. CEREMONIAS Y PRÁCTICAS DE PIEDAD MUY ÚTILES.

104. La ceremonias de la Iglesia en general son aquellas bellas y magníficas representaciones con que ella, inspirada del Divino Espíritu, sabe revestir todos sus actos, que constituyen el grande, el incomparable culto católico. Para interesarse en él hay que comprenderlo, y no puede comprenderse si no se explica el significado de las ceremonias. Este deber incumbe al orador cristiano. Sobre el particular es oído con agrado, y los fieles sienten un placer natural al entender la razón de lo que tantas veces habían visto sin comprender su significado.

105. Los enemigos de la Iglesia mucho se han esforzado en ridiculizar las ceremonias de ella; todo esto para deprimirla y enajenarla el amor de sus hijos. Han tratado de idólatras á los católicos por venerar la cruz de nuestra redención, las reliquias y las imágenes de los Santos, y hasta levantaron su voz contra los templos. Pues ved ahí, oradores sagrados, aquí se presenta poderoso motivo para desplegar el riquísimo y vasto manto de la Esposa de Jesucristo, con que ella se adorna, y contar sus maravillas. ¡Qué tesoro tan abundante de materias, vastos planes de sermones, ideas culminantes, prácticas de piedad, bellezas de la Religión, que para los fieles habían pasado desapercibidas! ceremonias sagradas que, á haberlas comprendido, unos se hubieran librado de distracciones durante ellas, y otros no hubieran blasfemado de lo que ignoraban.

106. ¡Qué hermoso es esto! *Oraciones de mañana y tarde*, que hacen descender el rocío celestial sobre el corazón, tal vez marchito, del hombre. Las *oraciones de acción de gracias* al Dador de todo bien; el Santo *Rosario*, guirnalda de flores á María; las *jaculatorias* á la VÍRGEN; la visita al *Santisimo Sacramento*, «el Amor de los amores,» llamado por San Bernardo, inculcando mucho la devoción y el respeto que se le debe; porque hay iglesias que está como abandonado; la Santa *Misa*; el *Via-Crucis*; las *Cuarenta horas*; la visita á la VÍRGEN; las *procesiones*, en donde ostentamos las imágenes de los héroes del Cristianismo; he aquí, entre otras, las prácticas piadosas que deben explicarse y recomendarse, animando á los fieles á vencer todo respeto humano.

107. No deben tenerse por comunes y triviales estas materias, pues muchísimos cristianos poco han oído tales explicaciones, «y más en el día, que tales asuntos tienen con frecuencia el atractivo de la novedad, dice el Sr. Bravo, ya porque muchos predicadores los desdeñan, ya porque los más de los oyentes sólo tienen conocimientos superficiales en Religión, hasta el punto que los asuntos comunes, bien tratados y bien profundizados, parecen nuevos á la generalidad.» Los asuntos trillados y comunes han de preferirse á los nuevos y extraordinarios, porque su misma generalidad, y el haberse tratado por tantos oradores en todos los siglos, demuestra su verdadera importancia y utilidad. Esto enseña San Ligorio. Las personas sencillas que asisten al sermón, decía este Santo, lo mismo que San Francisco de Sales, olvidan fácilmente las divisiones, las pruebas, los giros oratorios, pero conservan una práctica piadosa que se les ha explicado y recomendado, y esto ya es mucho para su salvación. Y además, que hay medio de quitar el fastidio á la repetición si se procuran nuevos modos de tratar las mismas cosas: *Non nova, sed novè*.

108. Ved, predicadores del Altísimo, con lo que se acaba de manifestar, si hay abundantes materias en el campo de la Religión santa para predicar con gran gloria de Dios y provecho de las almas. No nos dejemos seducir; busquemos las venas de agua viva, y dejemos charquitos misera-